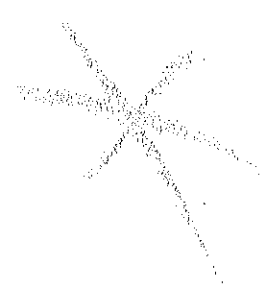


FESTÍN PARA CANÍBALES



SEUDÓNIMO: MOSCAS VERDES

XVII CERTAMEN DE RELATO BREVE ALFONSO MARTÍNEZ-MENA.

Seis meses después dile a tu tutor que te llamas Carlos Olguín y que no eres nuevo. Que llevas en clase desde el principio del curso, aunque él no haya reparado en ti. Que no estás de broma ni te ocurre nada anormal. Recuérdale que eres solo un chico que sueña despierto los días grises y que no puedes hacer nada para ayudarlo, que su tiempo ha caducado. Díselo así, con soberbia, es demasiado tarde para usted, *game over*. No te arrugues ni bajas la mirada, aguanta sus insultos cursis, domados por su miedo a la denuncia. Soporta sin réfrte su discurso hiriente de guardia jurado del sistema, lo sabías antes de que él te lo gritara, no tienes futuro, sabes perfectamente que el futuro miserable al que te condena aún no está escrito para ti porque no existe una ortografía que te defina ni un campo semántico en el que encajes. Su idioma no es tu idioma. Escúpele con chulería que su lenguaje es arcaico, sus palabras son caspa, meteoritos fósiles, objetos voladores no identificados. Que no te importe que tu tutor se ofenda, atácale reconociéndole que has sido tú el que ha dibujado en la pizarra ese pene gigantesco, magistralmente circunciso, con un par de gotas de semen manando del cráter de su glande. No temas las risas ni los comentarios hipócritas de tus compañeros, admite que eres tú el autor único del dibujo. Que no hay cómplices ni aliados, solo una conjura de necios rebotados contra ti. Enséñale a continuación tu archivador. Haz acopio de valentía y muéstrale a ese hombre incrédulo tus apuntes de Historia, los de Literatura, tus obras maestras: los cientos de esbozos de penes diferentes, perfilados y conclusos, negros y blancos, XL y micros, erectos y flácidos, con o sin testículos. No te descojones si se le abre la boca al verlos. No te descojones cuando sus ojos amenacen con salirse de las órbitas. Hazte cargo y sé complaciente con él, explícale amablemente que eres un cromañón que dibuja símbolos eróticos por todas partes. Un troglodita que solo desea que los símbolos pintados en las paredes de las cuevas se materialicen. Asume que la maestría está reñida con la comprensión popular y acepta sin rechistar tu expulsión de clase, destino a la Jefatura de Estudios donde un juez justo hará de ti un hombre de provecho.

Reconoce ante el Jefe de Estudios que lo que reza el parte disciplinario es cierto. Que no tienes nada que objetar ni necesitas abogado defensor. Sé hábil y cambia sutilmente el rumbo de la entrevista comentándole algo sobre la excelsa decoración de su despacho. Pregúntale lo que sea sobre las fotografías en pie sobre su mesa, algo sobre ese niño rubito que celebra la vida subido en un patín. Atrévete a preguntarle si es un buen padre, si ese niño se siente solo, si le dan miedo las tormentas o las sombras o los monstruos que aguardan bajo la cama su momento en las noches tenebrosas. Pregúntale si alguna vez miente a su hijo, si le ha herido de muerte la autoestima. Dile que aceptas el castigo, pero pídele que responda a tus

preguntas. Pídeselo por favor y finge que vas a llorar. Simula aflicción como solo tú sabes hacer.

Escuchas perfectamente lo que te acaba de reclamar la Orientadora pero aún así le ruegas que te lo vuelva a repetir. Debes ganar tiempo para adaptarte a ese minúsculo gabinete de psicología, austero, sin color en las paredes, sin retratos ni carteles anunciadores de nada. Infórmale a la Orientadora que de pequeño tu padre te abofeteó, te salió sangre del oído y te quedaste medio sordo. Agrega que tampoco ves mucho por culpa de un balonazo. Que te detectaron un aneurisma y eres asmático y te ponen triste los domingos y te apenan los perros callejeros sucios apegados a la sarna. Intuyes que la Psicóloga te comprende porque enseguida se pone en tu pellejo y te cuenta que superó un cáncer de pecho y que su madre se ahorcó en la casa del pueblo cuando ella todavía era una niña. Luego te implora que te lo tomes en serio y escribas lo que sientes en un folio. Lo que brote de tu corazón. Lo primero que se te pase por la cabeza. Te disculpas esgrimiendo que no eres buen escritor y que prefieres dibujar. Abre la mochila y saca tu estuche. Coge un lápiz y, situando la mano entre el papel y la mirada de la Orientadora, empieza a esbozar un par de pechos ubérrimos, provistos de pezones puntiagudos. Sobre los pechos traza un cuello alargado de mujer y alrededor del cuello dibuja el dogal de una horca. Colorea un pecho de un negro canceroso. No le perfila la cara al dibujo por si la Psicóloga se molesta. Entrégaselo y pon cara de niño bueno. Simula que eres un niño bueno cuando la psicóloga mira su retrato y proyecta una leve sonrisa. Luego te muestra una dentadura blanquísima manchada de carmín, cierra los ojos y ese lapso de tiempo lo aprovechas para observarle la forma de los pechos, esperando encontrar uno menos, pero no descubres más que una camisa estrecha que los ciñe, con el botón superior desabrochado, aireando un yacimiento de pecas en su escote. Cuando la Orientadora abra los ojos, retira tu mirada de su nido y estacionala en el limbo a la espera de su veredicto. Sorpréndete de que alargue el brazo y dirija hacia ti una mano, posándola sobre tu moflete imberbe, que suavemente acaricia al tiempo que te susurra que necesitas cariño, solo cariño y unas cucharadas de comprensión. Te invita a visitarla si te urge lo que sea, si te acosa la tristeza y te fundes en negro por cualquier motivo. Te prescribe unos ejercicios de meditación para que ocupes el tiempo libre del que vas a disponer a partir de hoy mismo, el día exacto en el que se inicia tu expulsión y luego se despide de ti sin cariño y tú de ella sin cariño presintiendo que como todos ella también te ha engañado.

Franqueas la verja con la mochila colgada a la espalda. No pesa apenas porque has arrumbado los libros y los cuadernos en la cajonera de tu mesa. Crees que no necesitas para nada esos papeles llenos de una información que detestas. Papeles escritos como jeroglíficos.

Libros escritos como pentagramas perfectos pertenecientes a un sistema imperfecto al que te obligan a someterte. Sin libros, lo sabes, no hay reglas ni consignas ni leyes ni mandamientos inquebrantables. Mientras piensas en esto, te encaminas hacia la avenida, soberbio y con la cabeza alta, inmune a las patrullas de paisano que andan cazando desertores escolares. Deseas que un policía te detenga, te interrogue y te exija sacar la carta de expulsión que es el salvoconducto que te permite vagabundear por las calles a esas horas de la mañana en las que no hay más que ociosos, gatos callejeros, amas de casa borrachas y un afilador.

Entras en la casa de tu abuela con la llave que ella misma te confió para que fueras libre de visitarla cuando quisieses. Y eso haces, ejercer tu libertad de visitar a tu abuela aunque no ignoras que no está en casa, sino compartiendo viaje con otros jubilados hacia el litoral, para hospedarse en un resort tirado de precio, a pensión completa, donde bailará pasodobles con hombres artríticos y mujeres artríticas. Allí será feliz una semana. Igual que tú eres ahora feliz en su casa vacía, tumbado en el sofá del salón, con los zapatos embarrados ensuciando la mesa. Te levantas y te sirves un anís, regresas al sofá y enciendes un cigarro tirando la ceniza al suelo. Te encuentras como dios ahí tumbado. Tu única aspiración es estar así toda la vida, haragán perdido, recorriendo con la mirada los adornos, las lozas y las fotografías de los familiares muertos de tu abuela. A algunos los conoces y a otros no, pero solo sientes un desdén absoluto por todos ellos. Piensas que es ese el fin verdadero de todos nosotros, acabar congelado en una fotografía para que alguien, en el futuro, la mire y no sienta más que un desdén absoluto.

Haz algo interesante. Entra en el cuarto de tu abuela y rebusca en su armario. Evita la peste a alcanfor tapándote la nariz con las pinzas de tus dedos. Localiza el traje de militar sublevado del padre de tu abuela, tu bisabuelo Matías a quien solo visitaste una vez en un sanatorio para enfermos de alzheimer de la sierra. Tu madre te dijo que no se acordaba de nada ni de nadie, pero que había sido un héroe de la patria. Que estaban orgullosos de él. Que habían disparado salvas en su entierro, dedicado una calle en su pueblo y adornado su féretro con una bandera nacional. Recuerda que aquel día le miraste fijamente y solo viste en él a un viejo arrugado, con los ojos ausentes, casi inválido. Por más que lo observabas no encontraste el heroísmo en ningún rincón de su cuerpo, solo decrepitud y zozobra. Supiste entonces que no querías ser un héroe.

Ponte la chaqueta caqui con las medallas de su valentía y cálate su gorro de capitán. Imagínate las batallas que presenció el traje. Trata de aguantar el olor a rancio del traje, el tufo insoportable a objeto inútil olvidado en el estercolero de la memoria. Contéplate vestido así en el espejo y lánzate un beso. Regresa al salón y posa junto a la fotografía de tu bisabuelo

militar. Sonríe, levanta un pulgar y hazte un *selfi* en que aparezcáis los dos, siameses emparejados con la misma ropa de héroes valientes. Mira la foto resultante y comprueba que ha salido bien. Súbela al *Instagram* y redacta la siguiente leyenda: "Veteranos de guerra, muertos en combate". Desvístete, haz un borujo con la ropa del veterano de guerra y regresa al cuarto de tu abuela. Abre el cofre de las joyas y coge un par de anillos de oro y un collar de oro. Desordena la alcoba simulando un atraco. Abre el cajón inferior y recolecta todos los billetes que encuentres. Sal de allí a toda hostia.

Llama a tu madre y avísala de que vas a comer con ella. Dile que aunque no te toca por convenio, te apetece estar un rato a su lado y confesarle un secreto. Añade que la echas de menos y la quieres mucho. Cuando abras con la llave que tu madre te ha confiado para que entres a tu antojo, regálale una mirada de desprecio, no pronuncies una sola palabra y adéntrate en tu cuarto. Da un portazo, lanza la mochila contra la pared y grita algo, cualquier tontería que se te ocurra, que estás hasta los huevos del polvo estelar del universo, por ejemplo. O que odias los días azules y las playas nudistas y el mecanismo fantasma de los drones comerciales. Pon la música muy alta. Canta a gritos la letra de la canción que suena muy alta. Cuando veas a tu madre en la puerta de tu cuarto con una mueca de disgusto, susúrrale que no te ocurre nada anormal. Baja la música y dile que sí, bueno, que has suspendido el examen de Química y que los profesores te tienen manía sin un porqué. Finge pena o fastidio. Simula que estás a punto de llorar. Dile que prefieres macarrones con chorizo.

Entretente con el móvil mientras coméis, mira un vídeo de *Youtube* y ríete como un loco. Haz un comentario imbécil, el Rubius es el puto amo, algo así. Cuando confirmes que tu madre se interesa por el vídeo, apágalo y métete un buen enjambre de macarrones en la boca, mástalos con pereza y luego sácalos hechos una bola. Quéjate de que había una hormiga dentro de tu boca. Grita que has notado cómo un insecto correteaba entre los macarrones y el chorizo y te ha dado asco. Que casi vomitas. Ordénale que fumigue la casa.

Durante el postre contesta con cariño a las preguntas de tu madre. Hazte el bueno, sé sumiso, responsable. Respóndele que sí, que el hijo de tu padre ha crecido mucho y comienza a gatear. Infórmale de que es un niño rellenito, rubio, guapetón y que pronuncia claramente tu nombre, chache. Repite "chache" varias veces para que le dé envidia. "Chache". Contéstale que no, que ya no sales con Mario, tu último novio, que vuestro amor ha terminado, lo quemasteis con demasiada fogosidad y lo vuestro no duró más de un mes. Dile que habéis quedado como amigos y que aún os divertís juntos por ahí. Dale las gracias por interesarte tanto por sus asuntos. Agradécele que sea tan comprensiva con los LGTB en estos tiempos duros de represión puritana. Prométele que le presentarás sin falta a tu próximo novio e iréis

juntos a ver una peli de amor y después a cenar sushi. Confírmale que es una madre moderna y ejemplar, amoldada de lleno a su época. Aparenta curiosidad por su trabajo, pregúntale si está a gusto en él o si se encuentra realizada desempeñándolo. Interrúmpela cuando empieza a explayarse. Pregúntale en qué trabajaba. Recházale el café porque en media hora vas a tomarlo con tu padre. Dale las gracias de todas formas. Sácale el tema del dinero. Infórmale de que los profesores han organizado un intercambio ecoagrícola en Granada y que no te vendría nada mal algo de *cash*. Haz un gesto con la mano haciéndole saber que aumente la apuesta, porque es poco el dinero que te ha ofrecido. Infórmale de la exagerada carestía de la ropa *trekking*. Confírmale que la nueva cifra es mucho más adecuada. Alégrate al ver salir de su monedero tres billetes de cincuenta euros. Cógelos con ansia, guárdatelos en la cartera y lánzate con pasión a su cuello. Bésale la frente y los carrillos por turnos binarios. Dile muchas veces que la quieres. Ponte serio cuando le asegures que no sabes qué sería de ti si ella faltara.

Camina rápido hacia la casa de tu padre. Tu otra casa, separadas ambas por unos cientos de metros, un requisito obligatorio del divorcio. Es la casa en la que vives habitualmente ya que así lo decidiste al cumplir los catorce. Se lo dijiste al juez, mi deseo es vivir con mi padre. Me da pena. Está solo. Te das cuenta del error que cometiste porque tu padre ha encontrado una pareja que le desinfecta la soledad y es sin embargo tu madre la que ahora está sola. Tu padre ya no te necesita. Aunque si lo piensas en serio no te necesita nadie. Eres un matojo de alga ondeando en las mareas. Un piojo desterrado en una cabeza calva. Te das cuenta ahora de lo inútil que es tomar decisiones. Reflexiona que el que elige pierde siempre algo. Reflexiona que perder cosas no está tan mal porque puede que las recuperes más tarde. Procura no tomar decisiones. Procura no hablar más de la cuenta en la casa de tu padre que es la misma casa en la que vivíais los tres cuando el mundo estaba bien hecho.

Dile a tu padre que el café lo prefieres solo. No respondas a su porqué y rechaza el tiramisú casero que ha preparado su novia. Ponte los cascos para no escucharle quejándose por tu expulsión. Pidiéndote explicaciones. Aludiendo a la vergüenza y a tu falta de orgullo. Exigiéndote que te centres, crezcas y madures de una maldita vez. Baja el volumen de los cascos y exponle que no tienes nada que añadir a tu expulsión, porque es justa y unas pequeñas vacaciones no le vienen mal a nadie. Dile que alojas un nido de líos en la cabeza. Confírmale que no, que no has roto con Mariluz, que seguís juntos y os amáis como el primer día. Hazle saber que ese no es el problema. Que en realidad no te ocurre nada anormal. Que tu único problema es no tener ningún problema. Asegúrale que no, que tampoco has regañado con tu madre. Aprovecha la alusión e invéntate que tu madre está saliendo con un tipo cojonudo. Un empresario de la noche que tiene pasta y regenta un restaurante exótico donde

cenarás casi todas las noches. Ponle celoso agregando que han pensado tener un bebé y que al menos ellos te lo han consultado.

Juega un poco con el hijo de tu padre. Con tu hermanastro. Despiértale, sácale de la cuna y hazle arrumacos o cosquillas. Enternécete si le oyes llorar. Emociónate cuando mires su cuerpo blanquecino, plagado de pliegues elásticos. Acaricia sus rodillas. Frota sus pies. Aférrale de las manos e intenta que camine fijando los pies en el suelo sin doblar las rodillas. No le canses. Siéntale sobre la alfombra y cántale una canción recién inventada. Susúrrale como si le estuvieses cantando una nana que no crezca nunca, que se quede siempre como está, minúsculo e impreciso. Advértele como si te entendiera de que tenga cuidado allá fuera. Dile que la vida es un excremento maloliente pretendido por millones de moscas verdes. Dile que el mundo es un festín para caníbales. Dile que el universo en su conjunto apesta a mugre y es cieno y es nada. Coge al bebé con cuidado y deposítalo con cariño en su cuna. Despidete de él dándole un beso y recordándole sin mentirle que le quieres más que a nadie.

Enciérrate en tu cuarto y felicita a Isa por Skype. Llama a Manu pero no le comentes lo de tu expulsión. Contesta un whatsapp del grupo "Parque". Lee los mensajes anteriores del mismo grupo y pregunta a nadie en concreto dónde han quedado. Escribe "jajaja" al colega que te responde que dónde va a ser, pringui. Diles que te esperen, tardarás media hora.

Cambia tu polo *Hollister* por la sudadera negra *Trasher* y cúbrete con la capucha. Riégate con colonia. Procura que no se te vea más que los ojos. Sal de casa de puntillas, sin decir una palabra, cerrando la puerta suavemente. Comparte el ascensor con la vecina de los perros, pero no la saludes. Si ella lo hace, agacha la cabeza e intenta como puedas que su caniche no te desate las zapatillas ni te olisquee los tobillos. No seas rudo con él, aguanta como un hombre el asco de su hocico. Tómate un respiro en el portal, hazte el sordo mirando en el buzón y no respondas al adiós de tu vecina. Ponte los cascos y elige algo de *deathmetal*. Necesitas caña. Necesitas que la música metálica se adentre en tu cerebro y te lo pisotee. Si la música te lo permite, piensa el camino por donde vas a ir al parque. Tienes dos alternativas y ninguna te gusta. Imagínate que pudieras volar. O cavar como un preso un pasadizo subterráneo. O desaparecer para aparecer a tu antojo en el mismo parque. Sería de puta madre, pero no se lo contarías a nadie, guardarías solo para ti el secreto de que eres un ser especial.

Echa a andar. Sal a la dudosa luz del día y embelésate con el crepúsculo rojizo que amuebla el cielo. Sueña cualquier tontería aunque sepas que estás despierto porque escuchas tu música metálica destrozándote los oídos. Coge ritmo. Supera la avenida. Rodea el cementerio.

No te detengas cuando oigas pasos detrás de ti. Acrecienta la velocidad si ves dos sombras dibujándose en la fachada del cementerio. No corras aún ni pierdas las riendas de la calma. Imagínate que es una falsa alarma. Sueña despierto que es una falsa alarma, pero desconecta la música por si acaso. Es necesario que mantengas en forma todos tu sentidos. Date prisa y corre ahora si puedes. Levántate.

Implórales que te dejen en paz. No les mires a los ojos. No mires el filo de la navaja que recorre tu cuello. Rompe el silencio diciéndoles que ya está bien, que tu paciencia ha rebasado el límite. Repíteles que ya está bien, que ahora le toca a otro, que ya se han divertido bastante contigo. Apórtales el nombre de cualquier otro chaval de tu barrio o del colegio. Bromea con ellos, diles que en la variedad está el gusto, pero continúa sin mirar la navaja que refulge aseando con su brillo la bruma del atardecer. Recuerda a tu bisabuelo el héroe y hazte el valiente. Diles que los vas a denunciar. Que conoces sus señas y sus nombres. Que sabes dónde paran y a qué lucrativo negocio se dedican. Menciona a la policía y los juicios *expres*. Prueba su miedo diciéndoles que tu padre es juez de menores y amenázales con la posibilidad de una larga condena. Diles que te han dicho que en los reformatorios se cena rata al horno y se desayuna meados calientes. Levántate y no te quejes.

Contempla la luna meciéndose en el columpio del cielo. Mira las estrellas y pide un deseo. Respóndeles que sí, que lo tienes. Cuéntales cualquier estupidez sobre lo difícil que ha sido hacerse con el dinero. Diles sin mirar la navaja que no sabes si podrás volver a conseguirlo. Cierra los ojos con resignación y menea negativamente la cabeza. Saca los billetes y cuéntalos, uno a uno, cuatro de cincuenta. Entrégaselos. Sonríeles cuando te sonrían. Míralos a la espalda cuando se alejen sin prisa, dando saltos de alegría. Ódialos en silencio y suspira. Susúrrate que quizás sea esta la última vez. Imagínate que les atropella un coche. Que el mundo se agrieta y se divide en dos. Que nos invade una plaga de moscas verdes que extermina la raza humana. Respira con alivio. Sabes que te espera un mes por delante para volver a conseguirlo. Sueña despierto.